

situación de represión se vio incrementada al identificar el aparato represivo, equivocadamente o no, a los consumidores de alucinógenos y otras yerbas con movimientos y grupos contestatarios de toda índole.

El fenómeno del pasotismo —palabra de la que tanto se ha abusado, y que tan poco significa— viene a ser como el último capítulo de estos cuarenta años de consumo de drogas: el llamado pasota, desencantado y asqueado no solamente del proceso político en el que se encuentra involucrado sin comerlo ni beberlo, sino de toda la dura, agresiva y conflictiva realidad en la que está inmerso, e incapaz de solucionar de una manera efectiva los problemas que le aquejan, encuentra en las drogas —y esta vez no en los alucinógenos y en las drogas menores, sino en la heroína y en sus múltiples derivados y sustitutos— un refugio, una especie de coraza a la vez física y moral donde cree sentirse seguro. Pasa de todo, que es algo muy parecido a la muerte.

Lúcido, claro y no muy bien escrito es el libro de González Duro: un intento sobrio, honesto y nada alarmista de explicar las raíces de un problema que es más social que médico. ■ **EDUARDO HARO IBARS.**

## UN CLASICO PARCIAL MENTE REDIVIVO

Si la visión histórica de la Revolución Francesa ha evolucionado, lo ha hecho acompañando al proceso de desarrollo del pensamiento histórico; si en muchos de sus momentos historiográficos ha caído en la «trampa ideológica», ello se debe a los inevitables riesgos que comporta la reconstrucción del pasado a partir de ciertas aspiraciones del presente. Existen, en la interminable lista de títulos que componen la bibliografía sobre el tema, algunos que se han convertido en clásicos. La «Historia socialista de la Revolución Francesa», escrita por Jean Jaurès, constituye, precisamente, un ejemplo de ello: publicada en español por la editorial valenciana Sempere hace ya varios decenios, Grijalbo nos ofrece ahora la extensa «Introducción» de

la obra, que contiene un exhaustivo análisis de las causas que impulsan el estallido revolucionario de 1789 (1).

Los planteamientos de Jaurès vienen a suceder, y en cierta medida a desplazar, la interpretación dada por Michelet acerca de la participación del pueblo en la etapa revolucionaria. Precisamente, la «Historia socialista» proporciona un nuevo enfoque, más afinado, de esta visión «desde abajo» del período que se abre con la participación de las masas. Hay que recordar que hasta Mathiez, la tradición historiográfica burguesa, en Francia, reivindicaba los valores proclamados en la revolución, pero condenaba en bloques el período jacobino. Una corriente histórica hostil por anticipado no es el mejor punto de partida para interpretar, y mucho menos para comprender una etapa ya de sí compleja. La obra iniciada por el historiador humanista que fue Jean Jaurès, sería completada años más tarde por Georges Lefebvre con su estudio de la acción de las masas campesinas durante la época revolucionaria, y por el historiador Albert Soboul, a quien se debe un profundo análisis de las clases populares urbanas. Jaurès supo plasmar, en el trabajo introductorio que hoy comentamos, los múltiples factores que se acumulan para producir la violenta crispación popular desencadenante de un proceso que, una vez en marcha, se verá acelerado en cada tramo —hasta la crisis del Directorio— por el dinamismo de las fuerzas actuantes. Un examen prolijo, pero palpitante, nos describe el efecto asfixiante de las cargas feudales sobre la vida rural que era, al fin, el motor de la economía nacional. La acumulación de cargas sobre las espaldas de los campesinos; los privilegios de que gozaba la nobleza, entre los que se contaba estar eximidos de la presión; los nuevos beneficiarios, provenientes de la alta burguesía financiera o funcionaria y que arribaban a una nobleza de segunda fila por compra de títulos nobiliarios, eran todos factores que conformaban un cuadro nada favorable a los que trabajaban la tierra. Durante el antiguo régimen, monarquía y nobleza llevaron de manera desordenada e irresponsable la maquinaria del Estado moderno francés. En una frase que

(1) Jean Jaurès, *Causas de la Revolución Francesa*, Barcelona, Grijalbo (ed. Crítica), 1979.



resume el núcleo de las contradicciones que encerraba el comportamiento de la realeza, nos dice: «Por eso se vieron condenados a una política incierta y contradictoria. Por un lado, limitaban el poder de la nobleza y contenían el de la Iglesia cuanto les parecía necesario para la grandeza y libertad del poder real; por otro, no se atrevían a pedir a la nobleza ni a la Iglesia los sacrificios que habrían convertido en adictos a la monarquía a burgueses y villanos.

Habían destruido el sistema medieval, abriendo así el camino a todas las fuerzas de movimiento de la burguesía, de la industria, del comercio y del pensamiento, pero no podían seguir hasta el fin aquellas fuerzas de movimiento, medio emancipadas o aceleradas por ellos; tenían que quedarse atrás y perecer en aquel aborrecible «antiguo régimen», compromiso equivoco de feudalismo y modernismo en que el espíritu feudal, la actividad capitalista y la rutina corporativa chocaban en un caos de impotencia». Jaurès destaca la presencia de dos grandes fuerzas potencialmente revolucionarias que, a fines del siglo XVIII, actuaron como aceleradoras de la acción revolucionaria: la madurez intelectual de la nación francesa, y la madurez social de la burguesía. En este punto discrepa con la interpretación que sobre la conciencia filosófica del siglo se ofrece en la obra de Taine. Allí donde este último ve tan sólo espíritu abstracto, Jaurès percibe la profunda agitación social de los diferentes sectores que impulsan la vida intelectual del siglo XVIII fran-

cés. La filosofía —sostiene— no es solamente contestataria desde un plano puramente ideal, sino que la realidad dictaba muchas de esas frases que para algunos parecieron vacías: «Los hombres de la Revolución tenían hondo conocimiento de la realidad, maravillosa inteligencia de las dificultades complejas con que luchaban (...). La utopía y la violencia insensata y estéril han correspondido siempre a la contrarrevolución. Hasta las agitaciones de la Revolución tienen un sentido, y bajo la fraseología revolucionaria se ocultaban intereses más exactos. No hubo un grupo ni una secta de la Revolución que no respondiera a una partícula de la vida social. No hubo una frase, ni la aparentemente más fútil que no fuera dictada por la realidad y que no diera testimonio de la necesidad histórica».

Recordemos a Montesquieu, a Voltaire, y se comprenderá la justeza de las afirmaciones de Jaurès. El filósofo es también un político en el siglo de las luces, y el autor del «Espíritu de las Leyes» rastrea en la historia para dotar a su obra del necesario sentido normativo. Igual procedimiento emplea Voltaire, que del estudio de las civilizaciones extrae sus nociones fundamentales sobre la tolerancia y el progreso humano. La historia se convierte, entonces, en el arsenal del legislador y del filósofo, y la filosofía en instrumento del cambio social. Pero —como nos advierte el autor— de nada hubiera servido la existencia de esta filosofía de contenido ideológico y revolucionario, sin la presencia histórica de «una nueva clase social interesada en un gran cambio y capaz de producirlo». El protagonista de esa mutación sería la burguesía y buena parte del estudio introductorio aborda el análisis de su composición de clase en relación con la compleja vida económica del antiguo régimen. Un sector burgués consciente de su valor social y un incipiente proletariado, cuya intencionalidad de clase «es todavía ambigua e indeterminada, como el proletariado mismo», son ingredientes sociales que se fusionan en la muy lata clasificación de «estado llano», contribuyendo a la destrucción del antiguo régimen, enemigo común.

El libro responde, ciertamente, a una corriente de humanismo socialista que atraviesa la frontera finisecular y se prolonga hasta las primeras décadas del siglo actual, pero no por

ello es menor científicamente documentado que los productos de la generación positivista. A todas luces, una edición crítica de la obra de Jean Jaurès dejaría en claro la utilización de fuentes hoy día consideradas fundamentales. La introducción que comentamos es, en sí misma, un modelo de rigor en documentación y crítica al tiempo que traza con mano maestra los rasgos fundamentales de la crisis final que conduce a la Revolución Francesa. ■ NELSON MARTINEZ DIAZ

## DEL GATO FELIX AL GATO FRITZ

Los comics, como el cine, nacieron prácticamente con el siglo. Pero su redescubrimiento como género artístico dotado de un lenguaje propio y susceptible —al igual que cualquier otro— de evolución, se produciría sobre todo en los años sesenta y setenta. Iban a ser principalmente estudiosos europeos quienes primero se fijasen en los aspectos semiológicos de ese género, sin embargo, tan americano. En Estados Unidos, por el contrario, se prestaría más atención a los aspectos sociológicos del mundo de los comics.

El despertar de ese interés de los estudiosos hacia los comics estuvo motivado por el abandono de una serie de prejuicios falsamente intelectuales en torno a la llamada «cultura de masas». Aunque tal vez —conviene precisar— esto último sea cierto sólo en parte, pues desde el momento mismo en que comenzaron a atraer a ciertas capas de la población lectora a las que no habían llegado antes, los comics adquirieron toda una carga de connotaciones como valor añadido.

Entre esas connotaciones —y no es la menos relevante— está la de moda. Los comics están de moda. Y lo están sobre todo en un país como el nuestro que, culturalmente, funciona por modas: moda estructuralista, moda Lacan, moda Nietzsche, moda Laing, moda novela negra. Ahora bien, con modas o sin ellas, lo que resulta innegable es la importancia que, como hecho sociológico, tienen los comics. Es una evidencia que ningún otro tipo de literatura ha alcanzado nunca índices tan altos de

difusión. Y esto debería ser más que suficiente para justificar el interés que últimamente se les presta.

Todas estas consideraciones vienen a cuento de una obra de Javier Coma (1) recientemente aparecida en nuestras librerías y en la que se aborda el mundo de los comics desde una perspectiva histórica. Tremendamente valiosa por la cantidad de información reunida en sus páginas —sobre todo por lo que respecta a los comics norteamericanos, en los que se centra el autor; a los europeos sólo les dedica unos breves capítulos al final—, esta «historia de los comics», como reza el subtítulo, ofrece el interés suplementario de su intencionalidad crítica.

El autor, especialista en el tema (suyo es también el libro **Los comics, un arte del siglo XX**, publicado en 1977), no se limita a relatar las peripecias sufridas por los creadores y sus series desde que en 1895 aparecieron *The Yellow Kid*, de Outcalt, en el «World» neoyorquino de Pulitzer, sino que al mismo tiempo lleva a cabo un inteligente análisis crítico del lenguaje de los comics —de su estética— y de su significación ideológica. Porque si atendemos a estos dos últimos aspectos, son millas las que separan a un *Yellow Kid* de una creación típica del «underground» como es *Mr. Natural*, de Robert Crumb. O también a los dos gatos que Coma nombra sig-

(1) **Del gato Félix al gato Fritz: Historia de los comics.** Colección Punto y Línea. Ed. Gustavo Gil. Barcelona, 1979.

